



ESCENA DEL SEGUNDO CUADRO DE

MATEO

DRAMA GROTESCO EN TRES CUADROS
de ARMANDO DISCÉPOLO



OBRAS EN EXISTENCIA:

Suplemento: La hora del balcón, de Mertens. — N.º 11: La familia de mi sastre, de Mertens. — 19: La dama de Cocur, de Iglesias Paz. — 22: Diógenes, de Soria. — 26: ¡Hechizo!, de Aloizi (de nuestro concurso), y Doña Rosario, de Novión. — 27: Los Integros, de Uria y Cuevas (de nuestro concurso), y Niñerías y El primer hijo, de Nicolu Roig. — 30: El novio de mamá, de Discépolo y De Rosa. — 31: La Bambolla, de Martínez Cuitiño. — 33: La carabina de Ambrosio, de Mertens. — 38: Facundo, de Peña. — 52: Acuasaforte y Los dientes del perro, de Weisbach y González Castillo, (2.ª edición). — 57: La novia de Zupay, de Schaefer Gallo. — 58: El "doctor" Carricoche, de De Rosa y Folco. — 59: La mujer de Ulises, de González Castillo. — 62: La dote, de Duhau. — 63: Gracia plena, de Weisbach y González Castillo. — 64: La noche de los estudiantes y La peluca, de Escobar. — 65: La mascota del barrio y El loco Rubí, de Darthés y Damel. — 67: El patrón del agua y El hornero, de Caraballo. — 68: La solterona, de Pico. — 69: El pardo Reyes y El fruto prohibido, de Pelay y Amoroso. — 70: La frágua, de Discépolo. — 71: Titulares, suplentes y cementos y Lecciones de amor, de Díaz Olazábal. — 72: Eclipse de sol de García Velloso. — 73: La edad de merecer, de Mertens. — 74: El hijo de Agur, de González Castillo. — 75: Dorrego, de Peña. — 76: El vértigo, de Discépolo y Villa Delicias, de Mertens. — 77: El pecado de amar, de Saldías y Noche de luna, de Sánchez Gardel. — 78: Mate dulce, de Martínez Cuitiño. — 79: El zapato de viento, de García Velloso. — 80: Papá Bata y Las entrañas del lobo, de De Paoli. — 81: El conserje de Bermúdez y La eterna guerra, de Cayol. — 83: Pasa el tren, Las pequeñas causas, y ¡Para eso paga!, de Pico. — 84: La gente alegre, de Mertens. — 85: Hambre se fué a la guerra y La razón social, de Foppa. — 86: Las campanas, de Sánchez Gardel. — 87: El derrumbe, de Martínez Cuitiño. — 88: Calandria, de Leguizamón. — 89: Pueblecito, de Moock. — 90: Tranquera, de Fontanella. — 91: La palomita de la Puñalada, de García Velloso. — 92: Sábado inglés, de Duhau. — 93: La maestra del pueblo, de Berruti. — 94: Las rosas de la aurora, de Schaefer Gallo. — 95: El capitán Metralla, de Iriarte y Pelay. — 96: Los espantajos, de Cayol. — 97: El chiripá rojo y Gabino el Mayoral, de García Velloso. — 98: El intruso y Las que van al infierno, de Darthés y Damel. — 99: Jesús y los bárbaros, y La copa de cristal, de Linnig. — 100: Elecciones en la Puna, de Gache. — 101: Sanatorio Modelo, de Berruti. — 102: Cristián, de Soria. — 103: Armenonville, de García Velloso. — 104: Alma débil, de Díaz Olazábal y Ferreyra Casariego. — 105: El Guano y La Cantero, de Weisbach. — 106: La leona de Castilla y La bohemia loca, de Saldías. — 107: Maldana y El angelical Manuelito, de Iriarte y Pelay. — 108: Más allá de la ley, de Muniagurria. — 110: Sobre las ruinas, de Payró. — 111: La razón social, de Crosa. — 112: Facundo, de Pelay. — 113: La cruz del Sur, de Caraballo. — 114: La Santa, de López. — 115: La

emboscada, de Aquino. — 116: Magdale de González Pacheco y La krumira, de Foppa. — 117: El cacique Blanco, de Martín Payva y Defilippis Novoa. — 118: Cuarto de invierno, de Casós. — 119: Hasta la ciencia baguala, cáil al jagüel con la sec. El instante, de Darthés y Damel. — 120: Los buitres, de Foppa. — 121: Los nidos, de Payva. — 122: Los venenos, de Bosch (G.). — 123: El señor juez, de Morales. — 124: El trago amargo y La muerte de vivo, de Escobar. — 125: La quiebra, Bianchi. — 126: Los médanos y El nudo, Dardo López. — 127: Con los nueve... y salamandra, de Caraballo. — 128: El b ajeno y Cuesta arriba, de Casós y El no que vuelve, de Retta. — 129: La madre de Defilippis Novoa. — 130: La extraña, Bosch (G.). — 131: Día feriado, de Discépolo y El patio de casa, de Casariego. — 132: Nido de ranas, de Pellicer (hijo). — 133: Mítica casera, de Soria. — 134: El novio de Leumann. — 135: En la corriente, Bosch (G.). — 136: Las margaritas, de Martínez Payva y Un cable de Londres, de Defilippis Novoa. — 137: Misericordia, de Bosch (M. G.). — 138: La mujer del viejo, Downton. — 139: De América a las tcheras, de Bianchi. — 140: Isabel, de Duhau. — 141: La mejor doctrina y Un minuto de alegría, de Berruti. — 142: Santos y bandos, de Defilippis Novoa y Martínez Payva. — 143: La perra vida, La nube y El jardín la vida, de Cayol. — 144: Los pecados capitales, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo). — 145: Los hijos mandan, de Villarreal. — 146: Un matrimonio viejo, de Downton. — 147: El bajo Belgrano, de Pelay y Mi sastre, Downton. — 148: Los manojos, de Facio Hebequer. — 149: La eterna mentira, de Cayol. — 150: Cuando la suerte se inclina..., de Gónzalo Bao y Bugliot. — 151: Luz de sombra y Caudador y placé, de Giménez Pastor. — 152: La eterna herida, de Crosa. — 153: Mañana de Clone. — 154: El sagrado celibato, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo). — 155: Música di Cámara y El húsar rojo del Uruguay, de Zavalía. — 156: El supremo silencio, de Maisonnave. — 157: Juan Cuevas, de Caraballo. — 158: Concurso de bellezas, de Caraballo. — 159: La sorpresa, de Berruti. — 160: El ridículo trágico, de Castellanos. — 161: No hay buenas con el amor, de Pico. — 162: ¡Morriña... morriña mía!, de García Velloso. — 163: La columna de fuego, de Ghirardo. — 164: El triunfo de la vida, de Favaro. — 165: Palabra de honor y En cuerpo y alma, Díaz Olazábal. — 166: Los saaguaypés, Roquendo. — 167: Yericik de Pérez Pe. — 168: Bajo el ombú, de Facio Hebequer. — 169: Alma gallega, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo) y La estingue enamorada, Gaid y Arroyo. — 170: Redención, de Foppa. — 171: Una vida, de Defilippis Novoa. — 172: Una mujer de teatro, de Peña. — 173: Mi pobre muñeca, de Alvarez de Burgos. — 174: María, de Favaro y Maturana. — 175: Cambio de itinerario, de Duhau. — 176: ofrenda, de Pagano. — 177: El drama de los dos, de Crosa. — 178: La conciencia, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo). — 179: El príncipe azul, de Pérez Petit. — 180:

RAMBAUINA

REVISTA TEATRAL

PUBLICA EN CADA NUMERO UNA OBRA
DEL TEATRO NACIONAL

APARECE LOS SABADOS

BALCARCE 345 — U. T. 0232 Avenida

DIRECTOR
Aníbal J. Imperiale

ADMINISTRADOR
Nemesio A. Ferrari

AÑO VI

BUENOS AIRES, JULIO 14 DE 1923

N.º 275

Armando Discépolo

MATEO

DRAMA GROTESCO EN TRES CUADROS

Estrenado en el Teatro Nacional, de esta capital, por la compañía nacional
"P. E. Carcavallo", el 14 de marzo de 1923.

REPARTO:

Doña Carmen	Sra. Catá.
Lucía	Sta. Lagos.
Don Miguel	Sr. Ciccarelli.
Don Severino	" Cantello.
Chichilo	" Busto.
Carlos	" Otal.
El loro	" Castellini.
Narigueta	" Lusiardo.

La acción en Buenos Aires. — Derecha e izquierda del espectador.

CUADRO PRIMERO

La familia de Don Miguel ocupa dos habitaciones en el conventillo. En el rincón izquierdo, de la del escenario, la alta cama matrimonial; en el derecho, la de Lucía. Mesitas de luz en cada cabecera. Alfombrines raídos. La puerta del lateral izquierdo lleva al cuarto de Carlos y Chichilo; la del foro al patio. A la izquierda de ésta, ventana sin hierros, con visillos. En-

tre puerta y ventana dos alambres sostienen una cortina de cretona que, corrida, oculta entre sí ambas camas. Cristalero en primer término de izquierda y mesa con hojas "de media luna". Sillas de Viena y de paja. Bancos. Baúles debajo de las camas. Una vieja palangana montada sobre armazón de madera hace de estufa. En el muro de derecha cuelgan ropas cubiertas por un paño. Sobre la cama de los viejos un cromo de la Virgen con palmas cruzadas, y una repisa sosteniendo un acordeón. En la cabecera de la otra cama un crucifijo con gran moño.

Las siete de la mañana. Invierno. Doña Carmen sentada en silla baja, calienta sus manos en el brasero. Los enseres del mate en el suelo; la "pava" en el fuego. Lucía termina de vestirse. Chichilo, enroscado en las colchas, duerme sobre un colchón, a los pies de la cama de la hermana.

LUCIA.—¿No vino papá, todavía?

DOÑA CARMEN.—No.

LUCIA.—¡Qué frío!

DOÑA CARMEN.—(*Brindándole el mate*). Toma... Calientase. (*Lucía sorbe en silencio mirándose en el espejo del cristalero*). Cuida que no hirba el café.

LUCIA.—Espere que me lave la cara siquiera. Haga levantar a ese atorrate. (*Por Chichilo*). Viene el viejo y empieza la tragedia. ¿Dónde habrán puesto la toalla?

DOÑA CARMEN.—La tiene Carlito afuera.

LUCIA.—(*Abriendo la puerta*). Brrr... (*Mutis*). ¡Qué frío!...

CHICHILO.—(*Soñando*). ¡Se la pianta! ¡Pst! ¡Pst!

DOÑA CARMEN.—¡Chichilo!...

CHICHILO.—(*Retorciéndose*). ¡Uh!... ¡Se la pianta!... ¡Cretino!...

DOÑA CARMEN.—(*Tocándolo*). Chichilo... Dormelón... Levántase le digo...

CHICHILO.—(*Incorporándose*). ¡Corran!... ¡Corran!

DOÑA CARMEN.—¡Eh!... ¡Despiértase!

CHICHILO.—¿Dónde está Lucía?

DOÑA CARMEN.—Lavándose. Toma... Calientase.

CHICHILO.—(*Con ira*). ¡Qué sueño fulero! (*Aparte*). ¡Soñé que se la piantaban!... (*Devolviendo el mate*). ¿Los manubrios?

DOÑA CARMEN.—Qué sé yo.

CHICHILO.—(*Sacando dos planchas de debajo del colchón*). Aquí están. (*Hace flexiones. Carlos aparece por el foro, secándose*).

DOÑA CARMEN.—(*A Carlos*). Toma... Calientase.

CARLOS.—(*Sorbiendo*). ¿Qué hacé, Densey?

CHICHILO.—Cerraré la puerta.

LUCIA.—(*Desde forillo*). Dame la toalla.

CARLOS.—(*Arrojándosela*). Ahí la tiene.

LUCIA.—¡Eh!... (*Doña Carmen cierra la puerta*).

CARLOS.—Cuándo será ese día que te vea no-cau a vo... con la cabeza hinchada y la carretilla colgada de la oreja... (*Mueca. Chichilo continúa sus flexiones conteniendo apenas su ira. Respira acompasadamente*). ¡Chifladura! (*Mutis izquierda*).

DOÑA CARMEN.—Toma.

CHICHILO.—¿No ve que no he terminado el run?

DOÑA CARMEN.—¿Qué?

CHICHILO.—Que no me haga hablar.

DOÑA CARMEN.—¿Por qué?

CHICHILO.—Porque no puedo respirar, ¿no comprende?

CARLOS.—(*Adentro. Grita*). ¡No grite, mocoso!

CHICHILO.—(*Arrojando las planchas*). ¡Ah; no se puede hacer nada!... ¡Injusticia!... Algún día me va a llevar en anda ese: “¡Yo soy el hermano!... va a decir: “¡Yo soy el hermano!...” (*Salta a la cuerda*).

DOÑA CARMEN.—Callate. No lo pinchá. (*Mutis izquierda con el mate*).

LUCIA.—(*De foro*). Hacés mover toda la casa.

CHICHILO.—¡La otra! Andá al espejo a hacer ejercicios con los ojos, vo.

LUCIA.—Mejor.

CHICHILO.—Pa meter a los cajetilla.

LUCIA.—Mejor. (*Se riza las patillas ante el cristalero*).

CHICHILO.—Coqueta.

LUCIA.—Mejor... (*Chichilo le arroja la cuerda*). ¡Burro!...

CHICHILO.—¡Loca!

LUCIA.—¡Burro!

DOÑA CARMEN.—(*En la izquierda. Deteniendo a Chichilo que va a tirar una plancha*). ¡Chichilo!

CHICHILO.—Esta va a ser la desgracia de la familia, mamá.

CARLOS.—(*Adentro*). ¡A ver si empiezo a repartir castañas!

LUCIA.—(*Ante el espejo de la cabecera de su cama*). ¡Já, já!... ¡qué miedo!... (*Mutis foro*).

DOÑA CARMEN.—Vamo, hijo, vamo. Cómo so, también. (*Mutis detrás de Lucía. Chichilo pelea con la sombra*).

CARLOS.—(*Por izquierda, luego de una pausa*). Vamo... Sacá ese colchón de ahí.

CHICHILO.—Ya voy; me falta un run.

CARLOS.—¡Llevá el colchón!... (*Chichilo obedece*). Esa es otra. Se puede saber pa qué dormís ahí todas las noches ahora?

CHICHILO.—Qué sabé, vo... Vo no ve nada. (*Levanta el colchón*). Vo... no me dejé entrenar. Vo... seguí sin ver.

CARLOS.—¿Y qué hay que ver?... (*Impidiéndole el mutis*). Hablá; ¿qué hay que ver?

CHICHILO.—(*Dejando el colchón*). Hay que ver el honor.

CARLOS.—¿Qué honor?

CHICHILO.—¡El honor de las mujeres! (*Levanta el colchón*).

CARLOS.—(*Asustado de lo que piensa*). ¿Qué mujeres?... (*Lo agarra*).

CHICHILO.—¡Ché, golpes prohibidos no!

CARLOS.—¡Hablá!

CHICHILO.—¡Largá! (*Arroja el colchón*).

CARLOS.—¿Lucía?...

CHICHILO.—Sí.

CARLOS.—¿¿Qué?!...

CHICHILO.—¿No ves qué linda se ha puesto?

CARLOS.—¿Y?...

CHICHILO.—Que andan así los cajetilla.

CARLOS.—¿Y?...

CHICHILO.—¿Y?... ¡Qué pregunta!... Que hay que cuidarla para que no se la pienten. (*Levantando el colchón*).

CARLOS.—(*Arrebatándoselo*). ¿Para eso me has hecho asustar?

CHICHILO.—¡Já!... Te parece poco. Así... como moscas están. Me tienen loco.

CARLOS.—Pero... ¿vos sos un otario, entonces?

CHICHILO.—¡Já! ¡Otarío!... Tan-difícil que es trabajarse una mina: le hablan de la seda, del capelín, del champán, de la milonga; le hacen oír un tango, le muestran un reló de pulsera y se la remolcan. Despues los viejos lloran y los hermanos atropellan, pero ya es tarde, ya es flor de fango que se arrastra, sin perfume... ¿No has visto en el teatro?... Andá a ver. Te hacen llorar.

CARLOS.—Pero, gil, ¿vos crés que a las mujeres se les engaña?... Las mujeres rajan cuando están hartas de miseria.

CHICHILO.—Y bueno, ¿qué querés?... ¿Somo rico nosotros?... Cuidao...

LUCIA.—El café. (*Lo deja en la mesa*).

CHICHILO.—Mirála cómo camina.

CARLOS.—¿Qué tiene?

CHICHILO.—¿No manyás cómo hace? ¡Tienen razón los cajetillá!... ¡Se nos van a meter en el patio! (*Levanta el colchón. Lucía se ha ido por foro*).

CARLOS.—(*Pensativo*). Dejala que raje. Mejor para ella. Por lo que la espera aquí... En cualquier parte va a estar mejor... aunque esté mal.

CHICHILO.—(*Deteniéndose con el colchón al hombro*). ¿Ah, sí?... Ahora caigo; vos sos de esos hermanos que después las shacan. Eso también lo dan en el teatro... ¿No tenés vergüenza?

CARLOS.—(*Atropellándolo*). ¡¿Qué?!...

CHICHILO.—¡Araca que soy tu hermano!... (*Huye. Carlos se detiene en la izquierda rezongando "cosas" feas*).

DOÑA CARMEN.—(*Seguida de Lucía que va al espejo de foro*). Pronto; se enfría. (*Sirve*).

LUCIA.—Yo no quiero.

DOÑA CARMEN.—¿Por qué?...

LUCIA.—No tengo ganas.

DOÑA CARMEN.—No come nada esta chica.

CARLOS.—(*Luego de observar a la hermana*). Dale, metele a la patilla. Ya sé dónde vas a ir a parar vo.

LUCIA.—Mejor.

DOÑA CARMEN.—Dejala tranquila. Tomá el café. (*Va al fuego otra vez. Tiene frío; se cubre la cabeza con un trapo*).

CARLOS.—Linda familia: un hijo loco, el padre zonzo y la hija rea. ¿No hay pan fresco?

DOÑA CARMEN.—No, hijo. Hasta que no venga el viejo... Anoche no ha quedado un centavo en casa.

CARLOS.—¡Hágame el favor!... Ni para pan.

LUCIA.—(*Desde el foro*). Trabaje.

CARLOS.—¡Trabaje! ¡Jú!... Está bien. Pronto se va a acabar... ¿Esta es toda la azúcar que hay?

DOÑA CARMEN.—¿E poca? (*Chichilo entra por foro y se sienta a la mesa*).

CARLOS.—¡Hágame el favor!... (*Parece que va a tirar la azucarera, pero vuelca el contenido en su taza*).

CHICHILO.—Araca... ¿y para mí no hay?

CARLOS.—Trabaje. (*Come con buen apetito*).

CHICHILO.—¿Lo voy a tomar amargo? No me gusta.

CARLOS.—Vaya acostumbándose.

CHICHILO.—Como para estar en training... ¿No calotiate en el café?

CARLOS.—(*Dándole un paquetito de azúcar*). Tome... Si no pienso yo... pobre familia. (*Por el desayuno*). ¡Ya está frío!... (*Comen*). Lucía.

LUCIA.—¿Qué?

CARLOS.—Pedile "La Nación" a la encargada.

LUCIA.—¡Uffá!... (*Sale al forillo*).

CARLOS.—¡Cerraré la puerta!

LUCIA.—¡El viejo!

CARLOS.—¿Viene hecho?

LUCIA.—No: trae la galera sobre los ojos.

CHICHILO.—¡Araca: bronca entonces!...

CARLOS.—Ni el café con leche se puede tomar. ¡Qué gana de revoliar todo!... (*Se lo bebe precipitadamente y va a sentarse en primer término derecha, un poco en "víctima". Lucía arregla la cama para que el viejo se acueste*).

DOÑA CARMEN.—(*Renovando el mate*). No le contestá, Carlito; por favor. No lo haga enojá.

CARLOS.—Que no me pinche.

CHICHILO.—Hágalo acostar en seguida, mama.

DOÑA CARMEN.—Séano bueno... Pobre viejo; viene cansado, muerto de frío... Séano bueno.

MIGUEL.—(*Gabán de lana velluda hasta los tobillos, "media galera", bufanda y látigo. Trae una cabezada colgada al brazo; los bolsillos laterales llenos de diarios*). Bon día. (*Le contestan todos mientras él los mira amoscado. Deja a los pies de su cama, galera, látigo y cabezada*). ¿Ha venido?... (*Un estornudo que viene de muy lejos lo detiene*). ¿Ha venido? (*Estornuda estruendosamente, con rabia*). ¡Achírrepe!...

DOÑA CARMEN.—Salute.

MIGUEL.—¡Achírrepe!... E dos... ¡Schiatta!... ¡Achírrepe!... E tres... ¡Revienta!...

CHICHILO.—(*Aparte*). ¡Manyá qué presión trae!

MIGUEL.—Otro más... e que sea l'último... ¡Achírrepe!... (*Se suena*). ¿Ha venido Severino?

DOÑA CARMEN.—No. ¿Por qué?

MIGUEL.—Pregunto.

DOÑA CARMEN.—(*El mate*). Toma; caliéntase. (*El viejo sorbe con fruición*). Sentate.

MIGUEL.—(*Se sienta*). Estoy cansado de estar sentado. (*Le preocupa la actitud de Carlos. A Doña Carmen*). ¿Cómo estás? ¿Tiene frío?

DOÑA CARMEN.—Un poco.

MIGUEL.—Ha caído yelo esta noche. (*Por Carlos*). ¿Qué tiene?

DOÑA CARMEN.—Nada. Piensa.

MIGUEL.—¿Ugual que una persona?... (*Arrojándole un diario a sus pies*). ¡"La Prensa"!

CARLOS.—Gracia. Leo "La Nación".

MIGUEL.—(*Arrebatándose*). ¡La...

DOÑA CARMEN.—Miquele...

MIGUEL.—¡La...! (*Conteniéndose. A Doña Carmen*). ¿Comprende? ¡Qué hijo macanudo!... Tremendo. Un día de esto lo ato al coche.

CARLOS.—(*Aparte*). ¡Se lo rompo a patada!

MIGUEL.—Levanta el diario. ¡Levanta el diario!... (*Carlos obedece*). Bravo.

CHICHILO.—(*Sonriendo a Don Miguel que se le acerca. Aparte*). Ahora se la cacha conmigo.

MIGUEL.—Bon provecho.

CHICHILO.—(*Queriendo serle grato*). Ya me lo dijo, viejo.

MIGUEL.—E se lo digo otra vez, ¿qué hay?

CHICHILO.—Y... no hay nada... ni siquiera azúcar.

MIGUEL.—¡Cállese la boca! ¡Sácase la gorra!... Bravo...

CHICHILO.—Diga.

MIGUEL.—¿Qué quiere?

CHICHILO.—¿No tiene sueño?

MIGUEL.—No. ¿Por qué?

CHICHILO.—Y... yo tendría sueño.

MIGUEL.—Osté es un pelandrone, ¿comprende?... Lucía... (*Va hacia su cama*).

CHICHILO.—(*A Doña Carmen*). Hágalo acostar, mamá; dele el opio que sino... Pago siempre yo. (*Mutis izquierda*).

MIGUEL.—Lucía.

LUCIA.—(*Que se daba colorete a escondidas*). ¿Qué?... ¿Llamaba?

MIGUEL.—(*Viéndole las dos manchas de carmín*). ¿Qué se ha hecho?

LUCIA.—¿El qué?...

MIGUEL.—(*Apártándola. Discreto*). ¿Por qué hace eso?

LUCIA.—No sé de qué habla.

MIGUEL.—(*Mostrándole un dedo que tiene en sus mejillas*). Hablo de esto.

LUCIA.—Y bueno...

MIGUEL.—E muy feo, hijita.

LUCIA.—No; si se usa.

MIGUEL.—Hay mucha cosa que se usan... e que son una porcaría.

DOÑA CARMEN.—(*Brindándole un mate, sin mirarlo*). Toma, Miquele.

MIGUEL.—Levanta la cabeza. (*Le limpia con su pañuelo*). No me haga más esto...

LUCIA.—¡Uff!... ¡qué olor a toscano!

MIGUEL.—Otra vez que yo la veo pentada... (*Irritación contenida*). ...la castigo col látigo! (*La empuja*).

LUCIA.—Y bueno... si se usa.

DOÑA CARMEN.—Miquele, toma el mate.

MIGUEL.—¡Tómase lo osté!

DOÑA CARMEN.—¿No quiere más? ¿Está feo?

MIGUEL.—(*Arrepentido*). No... traiga. (*Sorbe*). Está rico... (*Cariñoso*). Lucía... Venga... ¿Sabe? Tiene que hacer una almoadilla para la cabeza de Mateo.

LUCIA.—(*Fastidiada*). ¿Más almoadillas?

MIGUEL.—Sí. El pobrecito camenaba dormido seguramente, e se ha dado un cabezazo tremendo contra un automóvil... ¡Así se quemaran todo!

CARLOS.—(*Que está leyendo*). ¿No te digo?...

DOÑA CARMEN.—¿Se ha lastimado mucho?

MIGUEL.—Se ha hecho a la frente uno patacone así de carne viva. Tiene una desgracia este caballo: siempre que pega, pega co la cabeza... Yo no sé... Una almoadilla uguale, uguale a aquella que le hicimo para el batecola, ¿recuerda?

LUCIA.—Sí. (*Toma con asco la guarnición*).

MIGUEL.—¡Bravo!... Tiene tiempo hasta la noche.

LUCIA.—(*A Doña Carmen, al pasar*). La dejo ahí, mamá; después la hace usted.

DOÑA CARMEN.—Bueno. (*Mutis Lucía izquierda*).

MIGUEL.—(*Sacándose el sobretodo*). Al principio yo no hice caso al golpe e ho seguido camenando por Corrientes arriba, — el choque fué a la

esquina de Suipacha — pero Mateo cabeceaba de una manera sospechosa, se daba vuelta, me miraba — con esa cara tan expresiva que tiene, — e me hacía una moeca... así... como la seña del siete bravo.

CARLOS.—(Aparte). ¿No ve?... Si hasta juega al truco, ahora.

MIGUEL.—Yo no sé... (Ríe complacido, recordando). Este Mateo e tremendo... Hay vece que me asusta. No entendemo como dos hermano. Pobrecito... Me ho bajado e con un fóforo so ido a vere... ¡animalito de Dios!... Tenía la matadura acá... (Sobre un ojo) e de este otro lado no chechone... que parecía no casco de vigilante requintado. Pobrecito... Se lo miraba como deciéndome: “Mequele, sacame esto de la cabeza”. Le ho puesto un trapo mojado a la canilla de Río Bamba e Rauch, mordiéndome el estrilo!... ¡L'automóvil! ¡Lindo descubrimiento! Puede estar orgulloso el que l'ha hecho. Habría que levantarle una estatua... ¡arriba de una pila de muertos però! ¡Vehículo deavóleco, máquena repoñante a la que estoy condenado a ver ire e venire llena siempre de pasajero co cara de loco, mientras que la corneta, la bocina, lo pitó e lo chancho me pifiano e me déjano serdo.

CARLOS.—Es el progreso.

MIGUEL.—Sé... El progreso de esta época de atropelladores. Sé... ya sé... Uno protesta, pero es inútil: son cada día más, nácenos de todo lo rencone, so como la cucaracha... Ya sé... ¡qué se le va a hacere! Adelante, que sígano saliendo, que se llene Bonos Aire, que hágono puente e soterráneo para que téngano sitio... yo espero, yo espero que llegue aquel que me tiene que aplastar a mí, al coche e a Mateo... ¡e ojala que sea esta noche misma!

DOÑA CARMEN.—Acostate, Miquele.

CARLOS.—Claro, usté respira por la herida, pero... ¡hay que entrar, viejo; hay que hacerse chófer!

MIGUEL.—(En el colmo del asombro). ¡¿Quién?!... ¡¿Yo?!... ¿E os-té e mi hijo?... Carmené, ¿éste es hijo mío, seguro?...

DOÑA CARMEN.—No le haga caso; acostate.

MIGUEL.—¿Yo chofere? Ante de hacerme chofere—que son lo que me hano quitado el pane de la boca — me hago ladrón!... Yo voy a morire col látego a la mano e la galera puesta, como murió me padre, e como murió me abuelo! Chofere... ¡No!; lo que yo tendría que ser so do minuto presedente. ¡Ah, qué piachere!... Agarraba los automóviles co chofere e todo, hacía no montone así, lo teraba al dique, lo tapaba co una montañia de tierra e ponía a la punta no cartel: “Pueden pasar. Ya no hay peligro. S'acabó l'automóvil... ¡Tómeno coche”!

DOÑA CARMEN.—Ha trabajado poco anoche.

CARLOS.—La pregunta. ¿No ve cómo viene?

MIGUEL.—No: mucho. Un viaje de ocho cuadra. Se bajaron para tomar un automóvil... Estaban aporados... E todavía me descotían el taxímetro: “Está descompuesto!... ¡Está descompuesto!... ¡Ladrones!” “¡El que está descompuesto soy yo!” — le ho contestado. He tenido que revoliare el fierro para cobrar.

CARLOS.—También... con ese coche...

MIGUEL.—¿Qué tiene el coche?

CARLOS.—Nada. Cada rendija así; la capota como una espumadera. Yo no subía ni desmayao.

MIGUEL.—Naturale, no es un coche para príncipe.

CARLOS.—¿Qué príncipe... ¿Y el caballo?

MIGUEL.—¿Qué va a decire de Mateo?

CARLOS.—Ese no es un llobaca.

MIGUEL.—¿E qué es?

CARLOS.—Es una bolsa de leña.

MIGUEL.—¡Mateo una bolsa de leña!

CARLOS.—Una cabeza grande así; el anca más alta que el cogote; partido en dos; los vasos como budineras; lleno de berrugas, casi ciego... ¿qué quiere?... Da lástima. La gente lo mira, le da gana de llorar y raja.

MIGUEL.—Y sin embargo tiene más corazón que osté. Hace quince año que trabaja para osté sin una queja.

CARLOS.—Por eso: jubileló.

MIGUEL.—Cuando osté me compre otro; yo no puedo.

CARLOS.—No se queje entonces.

MIGUEL.—Yo no me quejo de él, me quejo de osté. Mateo reventado e viejo me ayuda a mantenere la familia. Me ayuda... ¡la mantiene!... Yo me quejo de osté, que se burla de él e vale mucho meno.

CARLOS.—Ese berretín va a ser su ruina. No veo la hora de que se le muera.

MIGUEL.—Es claro... Cuando Mateo se muera, osté se va a reir. E cuando me muera yo, como él, reventado, viejo y triste... osté también se va a reir.

DOÑA CARMEN.—Miguel, ¿qué dice?

CARLOS.—No tome las cosas al revés.

MIGUEL.—¡Eh... te conozco mascarita!

CARLOS.—¡Ah!... Dice cada cosa... Todo porque no traigo plata. Siempre la plata. Un día de estos lo voy a ahogar en la plata... (*Mutis hacia la calle*).

MIGUEL.—(*Lo corre. En la puerta*). ¡Porcaría!... ¡Malevito!... ¡Chofer!...

DOÑA CARMEN.—No haga caso, Miguele. Está co la luna. Acostate.

MIGUEL.—No me acuesto nada.

DOÑA CARMEN.—¿No tiene sueño?

MIGUEL.—Sí, pero no tengo gana de dormir. Espero a Severino.

DOÑA CARMEN.—¿Severino?... ¿Vas a pedirle plata otra vez?

MIGUEL.—¿E qué quiere hacer? (*Pausa*).

DOÑA CARMEN.—¿Cuánto le debe?

MIGUEL.—Tresciento peso. Respondo col coche e co Mateo. Lo tengo hipotecado.

DOÑA CARMEN.—¿No hay otro amigo a quién pedir?

MIGUEL.—¿Cuál? Diga. Amigo tengo mucho, pero so toda persona decente: no tiene nenguno un centavo. Al único que conozco co la bolsa llena es a Severino.

DOÑA CARMEN.—¿E tú sabe cómo la ha llenado?

MIGUEL.—¿E quién lo sabe?... Con so sudor no sará. Nadie llena la bolsa col sudor suyo.

DOÑA CARMEN.—Díceno que de noche ayuda col coche a lo ladrone.

MIGUEL.—No diga macana. ¿Osté lo ha visto?... Yo tampoco. Después... no hay otro remedio. La plata hay que pedirla a qui la tiene.

DOÑA CARMEN.—Es un tipo que me da que pensare.

MIGUEL.—Cuando se tienen hijo no hay que pensare, hay que darle de comer, ¿comprende?... (*Meditan, silenciosos*).

DOÑA CARMEN.—¿Para el mercado... ha traído?...

MIGUEL.—No. Se me pone pata arriba, no me cae un cobre.

DOÑA CARMEN.—¿E cómo hacemos?

MIGUEL.—¿No te fía?

DOÑA CARMEN.—No. Le debo once peso ya. Es un carneccero tan antepáteco.

MIGUEL.—¡Ah!...

DOÑA CARMEN.—No te enojá... A lo mejor me fia. A lo mejore me fia... No te enojá...

MIGUEL.—(*La atrae hacia sí, conmovido*). Bah, bah... Esperemo a Severino. (*Pausa*). El corralón tampoco l'ho pagado. Me lo quieren echar a la calle a Mateo. No sé dónde lo voy a llevar... (*Para alegrarla*). Lo traigo acá. Lo poneme a dormire co Carlito; así se ríe... (*La vieja lo mira desolada*). Sí; co la carrindanga no hay nada que hacere a Bono Saria. El coche ha armenado, Carmené. L'ha matado el automóvil. La gente está presenciando un espectáculo terrible a la calle: l'agonía del coche... Pero no se le mueve un pelo. Uno que otro te mira nel pescante, así... con lástema; tú ves el viaje te párase... ¡manco pe l'idea!... por arriba del caballo te chistan un automóvil. (*Pausa*). ¿Tú ha sentido hablare del muerto que camina?... Es el coche. (*Pausa*).

DOÑA CARMEN.—(*Compungida*). ¿E qué hacemos, Miquele?

MIGUEL.—Eh... Tirare la manga a Severino... ¿qué quiere hacer? (*Meditan; el viejo apoyado en el hombro de la vieja*).

LUCIA.—(*De izquierda*). Papá, ¿me trajo los siete pesos para reformar el vestidito?

MIGUEL.—No lo podido.

LUCIA.—¿Tampoco puedo ir a ese casamiento, entonces?

DOÑA CARMEN.—Va col vestido que tiene.

LUCIA.—¡Ah, sí, cómo no!... Como una rea.

MIGUEL.—No vaya, antonce. Cuando no se puede, no se puede. No y que ser tan cascarilla.

LUCIA.—Sí; cascarilla. Un día de estos me conchavo en la fábrica.

DOÑA CARMEN.—No; a la fábrica no quiero. Tengo miedo.

LUCIA.—(*A Don Miguel*). ¿No ve?... (*Por su indumentaria*). Yo no edo verme más así.

MIGUEL.—¡E yo tampoco!

DOÑA CARMEN.—¡Callate, Lucía!

LUCIA.—Sí; callate. No sé para qué es linda una sino puede ponerse prima un trapo que le quede bien.

MIGUEL.—(*A Doña Carmen*). ¿Comprende? (*A ella*). Osté, señorita atenciosa, e linda, pero es pobre.

LUCIA.—Sí, ya sé; pero es muy triste, muy triste! (*Mutis foro*).

MIGUEL.—¿Comprende?... E tiene razione. La culpa e mía. Yo no go derecho a hacer sofrir a mis hijos. E ello se quejan. E tienen razón. a culpa e mía!

CHICHILO.—(*De izquierda*). ¡Lucía!... Mama, ¿dónde está Lucía? (*Intea*).

DOÑA CARMEN.—(*Señalando*). Ha salido...

MIGUEL.—¿Qué tiene?

CHICHILO.—Nada... (*Mutis hacia la calle*).

MIGUEL.—Cada día está más zonzo.

CHICHILO.—(*Reapareciendo*). Ahí viene don Severino. (*Mutis*).

MIGUEL.—Meno male. Alégrate, Carmené. Este nos salva.

SEVERINO.—Bon día. (*Es un "funebreiro". Levita. Tubo. Plastrón. itado. Pómulos prominentes. Dos grandes surcos forman triángulo a su u de comisuras bajas*).

DOÑA CARMEN.—Bon día. (*Le disgusta la visita. Pero hasta su disgusto es dulce*).

MIGUEL.—Avanti, Severino, avanti. ¿Trabaja hoy?

SEVERINO.—(*Arrastra las palabras. Tiene una voz de timbre falso, metálico. De pronto sus ojos relampaguean*). Sí; tengo un entierro a la nueve. Al coche de duelo.

MIGUEL.—Sientase. (*Indica a la vieja que se siente y lo ayude*).

SEVERINO.—Gracia. (*Se sienta*).

DOÑA CARMEN.—¿La familia?

SEVERINO.—Vive.

MIGUEL.—¿Mucho trabajo?

SEVERINO.—¡Uh!... (*Las diez yemas de los dedos juntas*). Así; a montone. ¿Sabe quién ha muerto ayere?

MIGUEL.—¿Quién?

SEVERINO.—Cumpá Anyulino.

DOÑA CARMEN.—¡Oh, probrecito!...

MIGUEL.—¿E de qué?

SEVERINO.—Na bronca-neumonía. (*Triste*). Lo hemo llevado a la Chacarita. Yo iba al fúnebre. (*Despectivo*). Con do caballo nada más.

DOÑA CARMEN.—¡Oh, qué pena, qué pena!... (*Tiene lágrimas ya*).

MIGUEL.—Mejor para él; ya está tranquilo.

SEVERINO.—¿Sabe quién ha muerto el sábado?

DOÑA CARMEN.—¿Otro?...

SEVERINO.—Una hija de Mastrocappa.

DOÑA CARMEN.—¡Oh, poveretta!

SEVERINO.—Vente año. Tuberculosa. (*Don Miguel ya está fastidiado*). La hemo llevado a la Chacarita también. A un nicho, al último piso... Hoy voy a la Recoleta. Ha muerto el teniente cura de la parroquia.

DOÑA CARMEN.—¡Vérgine Santa!... ¿E de qué?

MIGUEL.—¡De un accidente!

SEVERINO.—No. A un choque de automóvil.

MIGUEL.—¿Ah, sí?... ¡Me gusta, estoy contento!... ¡Mata, aplasta, revienta, no perdone ne al Patreterno!... Me gusta.

SEVERINO.—(*Sin inmutarse*). En medio minuto ha entregado el rosquete. Se moere la gente a montone. Da miedo. Ayer, a la Chacarita, entraron ciento cincuenta cadáveres. Ante de ayer, ciento cuarenta y cuatro... (*Doña Carmen llora moviendo la cabeza*): Ante ante de ayere...

MIGUEL.—(*Señalándole a la vieja*). ¡Eh!... Severino... No cuenta más...

SEVERINO.—¿Qué?... ¿Le hace mal efeto, doña Carmené?... Eh... la vida es así. Todo tenemo que termenar allá. Mañana osté... pasado mañana él... l'año que viene yo... pero todos... todos...

DOÑA CARMEN.—Cuanto má tarde mejore, don Severino.

SEVERINO.—(*Con un relámpago*). ¡Eh... se comprende!... (*Triste*) Pero es inútil, no hay salvación. ¡Osté corre, corre, pero la Parca te alcanza (*La mandíbula desencajada y las manos como garras*).

MIGUEL.—¡Uh, cumpá, cómo traese la guadaña esta mañana!

SEVERINO.—E que la vida e triste, Mequele.

MIGUEL.—Pero tú la hace chiú puerca todavía. Parece una capilla ardiente. Traes olor a muerto.

SEVERINO.—E la ropa.

MIGUEL.—¡Sacate esa chemenea!

SEVERINO.—¿Me queda male?... (Se la quita. Tiene una peluda diabólica).

MIGUEL.—Asusta. Parece el cuco.

SEVERINO.—La falta de costumbre. (Lustra el tubo). Al principio, en casa, lo chico lloraban... ahora, si se la dejo, l'escupen adentro. (Busca sitio seguro para dejarla).

DOÑA CARMEN.—(Aparte a Miguel). Yo voy... Te dejo solo, así puede hablar...

MIGUEL.—(Idem). Se... (Por Severino). Este está en casa. Dígale al carneero que mañana pagamo. Mañana pagamo todo. Está tranquila, alegre...

SEVERINO.—¿A dónde la puedo dejar que no s'ansucie?...

DOÑA CARMEN.—Aquí nomás... (La cama de Lucía). Con permiso.

SEVERINO.—¿Va al mercado?... No compre fruta que tiene la fiebre tifu. (Mutis de Doña Carmen. A Miguel, mirándolo de soslayo). Bueno.

MIGUEL.—Bueno... Sentate, Severino...

SEVERINO.—Acá estoy. Há hecho bien, Mequele, de acordarté de mí. Estaba precisando esta plata que te he dado.

MIGUEL.—¿La precisa?...

SEVERINO.—Sí. Esta semana se me vence na cuota de la casita que estoy levantando al Matadero... ¿Me vas a pagare todo?

MIGUEL.—Este... (Aparte). ¡Linda entrada! (Alto)... Yo quisiera pagarte, Severino, pero... resulta que... no puedo pagarte nada porque estoy así. (Ciego).

SEVERINO.—¿Para qué me ha hecho venire, entonce?

MIGUEL.—Pensando que... (Está corrido), como siempre te has portado tan bien... en fine... ¿comprende?... se quisiera prestarme... todavía... por última vez...

SEVERINO.—(Como dijo: Parca). ¿Más plata?

MIGUEL.—(Afirmando). Ah... ma poca...

SEVERINO.—No, Mequele; ne poca ne mucha. Basta. La plata, a mí, me cuesta ganarla. Estoy cansado de cargar muerto.

MIGUEL.—El muerto sería yo.

SEVERINO.—No; yo. Osté está así porque quiere. Es un caprichoso osté. Tiene la cabeza llena de macana osté. Eh, e muy difíchile ser honesto e pasarla bien. ¡Hay que entrare, amigo!... Sí, yo comprendo: sería lindo tener plata e ser un galantuomo; camenare co la frente alta e tener la familia gorda. Sí, sería moy lindo agarrar el chanco e lo vente... ¡Ya lo creo!... (Con retintín). Pero la vida e triste, mi querido colega, e hay que entrare o reventare.

MIGUEL.—Severino... yo te pido plata e tú me das consejo.

SEVERINO.—Consejo que so plata. Yo también he sido como osté: cosquilloso. Me moría de hambre. Ahora sé que el pane e duro e que lo agarra cada cuale co las uña que tiene.

MIGUEL.—¿Esto quiere decir que me deja a la intemperie?

SEVERINO.—Esto quiere decir que te espero uno cuanto día más e se no me págase te vendo la carrindanga y el burro.

MIGUEL.—¿Tú?

SEVERINO.—¡Io!

MIGUEL.—¿E posible?

SEVERINO.—¡Tanto!

MIGUEL.—¿E qué tengo que hacere?

SEVERINO.—Lo que hago yo.

MIGUEL.—¿E qué hace osté?

SEVERINO.—No pido limosna.

MIGUEL.—¡Ah, quisto no!

SEVERINO.—¡Ah, quisto sí!

MIGUEL.—¡Ui, Severi...!

SEVERINO.—¡Uí, Mequé...!

MIGUEL.—¡Tú sii nu mal amigo!... (*Avanza iracundo*).

SEVERINO.—¡E tú nu aprovechadore que quiere hacer el hombre honesto co la plata mía!

MIGUEL.—(*Deteniéndose. Aparte*). ¡La Madona qué zapallazo!...

SEVERINO.—(*Regocijado*). Parece que tengo razone, ¿eh?... ¿Le duele?... ¡Ah!... (*Está detrás de él*). ¿Te ácuérdase de aquel día que me rechazaste uno vaso de vino “porqué no sabía cómo lo ganaba?”

MIGUEL.—¿Io?

SEVERINO.—Tú.

MIGUEL.—No m'acuerdo.

SEVERINO.—Yo sí; e lo tengo acá todavía. (*En la garganta*). Me despreciaste porque yo había dejado de hacer el puntilloso; me insultaste, Miquele, e hiciste male, porque yo, ahora, tengo una casa mía, la mojer contenta e los hijo gordo; mientras que tú, con tu orgullo, tienese que pedirme la lemosna a mí para seguir viviendo a esta pieza miserable, esperando que la familia, cansada de hambre, te eche por inútil.

MIGUEL.—Callate... ¿por qué me trabaja así?

SEVERINO.—¡Eh!... Hay que entrare, amigo. La vida es una sola, e a lo muerto lo llóramo uguale cuando han sido honesto que cuando han sido deshonesto.

MIGUEL.—Callate, Mefestófele...

SEVERINO.—Ascucha, San Miquele Arcángelo; está a tiempo todavía. Aprenda a vivir. Hay mucho trabajito por ahí... secreto... sin peligro... que lo págan bien.

MIGUEL.—No me trabaje... no me trabaje más... que me agarra cansado.

SEVERINO.—Cuando osté quiera le consigo uno. (*Yendo hacia el foro*) Nadie se entera de nada... sigue siendo don Mequele... págase a los amigo... e da de comer a los hijo que so má sagrado que l'apellido.

MIGUEL.—Andáté, Satanaso... que tē estoy viendo la cola.

SEVERINO.—Ahora, se no quiere entrare. hay una manera de salire.

MIGUEL.—¿¡Cómo?!...

SEVERINO.—(*Señalando al Cristo*). Mira, ahí lo tiene. Pídale a Jesu-Cristo que te salve. Puede ser que t'ascucha. Yo no: (*Se encaja la galera y mutis*).

MIGUEL.—¡Cruz diablo!... (*Yendo hacia el cromo*). ¡Madona dolorata, tú que sii tanto buena, hágale mordere la lengua así se avelena! (*Se echa sobre la cama. Lucía, huyendo de alguien pasa por forillo. Chichilo, aparece con un ojo “negro”. Anda como un boxeador. En medio de la escena repite el “round” que acaba de sostener. Fintas, golpes, esquivadas, recibe el directo al ojo, queda know-down, reacciona, átropella y golpe furiosamente*).

MIGUEL.—(*Que lo mira hace rato como a un loco*). ¡Chichilo!

CHICHILO.—¡Ay dió!... No se ha dormido todavía. (*Se dirige hacia izquierda ocultando el ojo a don Miguel*).

MIGUEL.—(*Deteniéndolo*). ¿Qué le pasa? (*Ve el ojo*). ¿Qué se ha hecho?

CHICHILO.—Nada... me caí.

MIGUEL.—¿Contra una castaña?

CHICHILO.—Vaya a ver al otro cómo quedó. No-cau. Un cross a la mandíbula. La está buscando.

MIGUEL.—Bueno... Esto no puede seguire. Aquí el único que está no-cau soy yo. ¡No puedo más! Tiene que hacere juicio, hijo mío; ya ha pasado la edá de la calesita. Yo, a su edá, ya estaba sentado al pescante para ayudare a me padre (*Se enternece*), e osté juega, salta e mira la luna mientras so mama se muere de tristeza. Hijo mío...

CHICHILO.—(*Acongojado*). ¿Por qué me habla así?...

MIGUEL.—Para despertarlo. Hijo mío, a mí me da mucha pena hacerlo trabajare en vez de estudiare, como yo quisiera, pero no tengo más remedio, l'agua me ha llegado al cuello e me ahogo... me ahogo...

CHICHILO.—(*Llorando*). Tata, no me hable así... que me hace llorar.

MIGUEL.—Hijo, ¿osté no piensa trabajar?

CHICHILO.—Sí, pienso... pero me distraigo.

MIGUEL.—¡L'ánima que t'ha creáto!

CHICHILO.—Yo tengo la idea en otra parte. No me mande a trabajar, hijo; si usté me hace trabajar me arruina.

MIGUEL.—¿Está enfermo?

CHICHILO.—No. Yo lo ayudaré, pero no ahora.

MIGUEL.—¿E cuando? ¿Cuando Severino me lleve a la Chacarita?

CHICHILO.—Más adelante. Usté no sabe... Yo tengo un gran porvenir. Voy a ser célebre. Voy a tener mucha plata, mucha... para llenar de seda a ueña, para comprarle una casa a mama y a usté una cochería. Dejemé... no me diga nada. Va a ver. Vamo a vivir como reye... pero no me apure, no e pure que me arruina.

MIGUEL.—(*Asustado. Zamarreándolo*). ¡Eh, Chichilo... ¿de dónde va a ceare todo eso?...

CHICHILO.—¿De dónde?... Mire. (*Se quitá el saco. Muestra su contextura. Anda sacando el pecho*). ¡Toque!... ¡Esto es plata!... ¡Toque!...

MIGUEL.—¿Qué dice?

CHICHILO.—¡Manye qué juego de piernas!...

MIGUEL.—¡Estamos todo loco!...

CHICHILO.—¡Yo voy a ser el primer boxeador del mundo!

MIGUEL.—¡Es un atorrante!... ¡No puedo contar con nenguno!...

In día de esto me encierro a esta pieza con toda la familia e le prendo ego!

CARLOS.—(*Por foro*). ¿Qué pasa?

MIGUEL.—¡Pasa que se acabó! ¡Pasa que no hay má morfi!... ¡Pasa el que no trabaja no come!

CARLOS.—Yo he trabajado siempre. Ahora no encuentro.

MIGUEL.—¿E por qué dejó la carnicería?

CARLOS.—Porque soy muy peligroso con un cuchillo en la mano.

MIGUEL.—¿E la panatería?

CARLOS.—Se revienta de calor. ¿Qué quiere?

MIGUEL.—¿E por qué no agarró el coche que yo le había conseguido?

CARLOS.—¡Yo cochero?!... ¡Já!... ¡No faltaba más!... ¿Para vi como usté?... ¡Já!... ¡Salga de ahí!... ¡Já!...

MIGUEL.—¡Osté es otro atorrante!... ¡Já!... (*Lo imita*). ¡Quiere yo lo mantenga!... ¡Já!... ¡Pero yo no puedo más!... ¡Já!... ¡E yo echo de casa!... ¡Já, já!...

CARLOS.—¿Me echa?

MIGUEL.—¡Afuera!

CARLOS.—¡Mejor!... Estoy hasta aquí de sus gritos!...

MIGUEL.—(Alcanzándolo). ¡No so grito, so coscorrone! (Se los da).

CARLOS.—¡¡Tata!!!

MIGUEL.—¡So coscorrone!...

CHICHILLO.—(Interviniendo como un referée). ¡Fau!... ¡Fau! ¡Golpe prohibido!... ¡Breack!... ¡Breack!... (Intenta separarlos. Miguel de un cachetazo lo echa de bruces en el proscenio).

CARLOS.—(En el foro). ¡Se va a arrepentir! (Mutis).

MIGUEL.—(Sobre Chichilo). Chichilo... (Cuenta, esperando que se levante para golpearlo). Uno... dos... tres... (Apura) cuatro, cinco, sei siete... Ocho... Nueve...

CHICHILLO.—(Poniéndose en guardia de un salto). Estaba descansando.

MIGUEL.—¡Ah, sí?! Aspera. (Va en busca del látigo. Chichilo huye por izquierda sin que le alcance los latigazos. Deteniéndose). ¡Madona santa, a lo que hemo llegado!...

DOÑA CARMEN.—(En la puerta de foro, dejando caer la canasta vacía). Miquele...

MIGUEL.—¡Qué!... ¿No te ha fiado?... ¿No hay qué comere?

DOÑA CARMEN.—Miquele... ¿Ha echado a Carlito? ¿E cierto?

MIGUEL.—Sí. No puedo más yo solo.

DOÑA CARMEN.—(Transfigurada). ¡E mi hijo!... ¡No tiene derecho!... ¡Tenemo que alimentarlo!...

MIGUEL.—Carmené...

DOÑA CARMEN.—¡Osté tiene la obligación de mantenerlo; para eso lo ha hecho!

MIGUEL.—¡Carmené!...

DOÑA CARMEN.—¡Yo no quiero!... ¡E mi hijo!... ¡E mi hijo!

MIGUEL.—Sí... Tiene razón... Yo tengo la culpa... Tiene razón... (Toma tembloroso su gabán y su sombrero).

DOÑA CARMEN.—¡E mi hijo!

MIGUEL.—Basta. No diga más. Tiene razón. Se lo voy a traer. Se lo voy a traer... (En el foro y como una decisión repentina) ¡e voy a traer plata también! ¡mucho plata!... ¡mucho plata! (Mutis).

DOÑA CARMEN.—(Como una explicación). ¡E mi hijo!... ¡E mi hijo!...

TELON

ATILIO D. J. FRANCHELLI

CIRUJANO DENTISTA

DENTISTA DE LA ASISTENCIA PUBLICA

CONSULTAS:

CORDOBA 2420

De 9 a 11 y de 14 a 18

U. T. 7128, Juncal

CUADRO SEGUNDO

Edificio en construcción. Junto a las tablas que lo aíslan de la vereda, un farol roto. A la derecha continúa la línea de casas. Poca luz. Las dos de la mañana. Hace un frío cruel. Segundos antes de levantarse el telón, Don Miguel ha detenido su coche en la derecha. Mateo no se ve... está en cajas.

MIGUEL.—(*La galera sobre los ojos, la bufanda hasta la nariz*). Hemo llegado. (*Narigueta y el Loro asoman*). Hemo llegado. (*Sin volverse*). ¿Se han dormido?

NARIGUETA.—St... (*Al Loro*). Abajate.

LORO.—Pero... che...

NARIGUETA.—¿Qué?

LORO.—(*Señalando hacia izquierda*). Allí hay parada.

NARIGUETA.—No.

LORO.—¿Y eso?

NARIGUETA.—De recorrida seguramente. Para en la otra cuadra... Guarda... Metete. (*Entran al coche*).

MIGUEL.—(*Rígido*). ¿Qué hay?... ¿No es acá?

NARIGUETA.—St... Hablá despacio.

MIGUEL.—(*Con voz cavernosa*). ¿No es acá?

LORO.—Sí.

MIGUEL.—Antonce, ¿qué pasa?

NARIGUETA.—Hay ropa tendida.

MIGUEL.—¿Ropa tendida?... ¿A dónde?... (*Se pone de pie; mira por encima en la capota*). Pero... ¡a la esquina hay un agente!...

LORO.—¡St!...

NARIGUETA.—Agacháte!... (*Lo empujan*).

MIGUEL.—(*De rodillas en el piso del pescante, la cabeza junto a la rueda*). ¡A la madonna!... (*Espían los tres*). Diga... ¿no sería mejor venire mañana?

NARIGUETA.—¿Tenés miedo?...

MIGUEL.—¿Quién? ¿Yo?... ¡No faltaría otra cosa!... ¿Co quién piensa que está hablando? ¡Yo soy un brigante!... Yo soy... ¿Quiere vere que lo llamo? (*Por el agente*).

NARIGUETA.—¡Vamo!...

LORO.—¡Callate!...

MIGUEL.—No se asusta. No se asusta... (*Aparte*). San Mateo martirizado, haga que venga esto vigilante!... (*Alto*). ¡Ahí viene!... (*Con las riendas*). ¡Vamo, Mateo!...

LORO.—¡Parate!...

NARIGUETA.—¡Quedáte ahí!...

MIGUEL.—¡No, no; co la policía no juego!... (*Azuza*).

LORO.—¿No ves que se va?

MIGUEL.—¿Está seguro?... A ver... (*Espían. Aparte*). Tenemo miedo lo tres; no lo podemos disimolare. (*A ellos. Sonriente*). Parecía que venía... el cinturone blanco. Es un defeto de la vista; ¿sabe?... No vaya a creere que es miedo... (*Hace méritos*). Allá en Italia... cuando hacía el camorrista... me pasaba siempre... Mire: una vez... Oiga este cuento... Sientense...

LORO.—Salí de ahí.

MIGUEL.—E lindo...

NARIGUETA.—Estás borracho vó.

MIGUEL.—¿Quién? ¿Yo? ¡Amalaya! (*Aparte, mientras Narigueta y Loro van hacia izquierda*). No hay caso. Esta noche robamo. ¡L'ánima mía!

NARIGUETA.—(*Al Loro*). Ché, este gringo es un paquete.

LORO.—No, hombre. Es pariente de Severino. Dice que es de ley. El responde.

NARIGUETA.—¿Y por qué no vino él mismo?

LORO.—Anda con el negro. (*Miran a Don Miguel*). No creas. Eso de Italia es cierto. Trabajó con Severino. Hasta creo que tiene una muerte...

NARIGUETA.—¿Ese?

LORO.—Sí.

NARIGUETA.—¿Con esa cara?... Me da mala espina... Però: manyálo.

MIGUEL.—(*Aparte*). ¿Me la querrano dar a mí?... (*Saca disimuladamente un talero de hierro del cajón del coche*). Por si acaso... (*A ellos*). ¿Qué hacen? Ya se ha ido el vigilante ahora: ¿No se decidano?... ¿Tieneno miedo? Qué vergüenza.

LORO.—(*A Narigueta*). Vamo. Perdemo tiempo. Estás siempre lleno e grupo. Vamo. (*Mutis izquierda*).

NARIGUETA.—(*A Miguel*). Vo... sentate. No llamés la atención. (*Mutis*).

MIGUEL.—(*De bruces sobre la capota*). Narigueta... Narigueta...

NARIGUETA.—(*Reapareciendo*). ¿Qué hay?

MIGUEL.—Yo... ¿me quedo solo acá?

NARIGUETA.—¿Qué querés?

MIGUEL.—Por eso... Pregunto. Diga, Narigueta... (*Con su mejor sonrisa*). ¡No vaya a degollare a ninguno per la madonna!...

NARIGUETA.—¡Sos sonzo, vó?

MIGUEL.—Es un chiste.

NARIGUETA.—¡Cuidao!... ¡Si te movés de ahí te bajo donde te encuentre! (*Mutis*).

MIGUEL.—(*Sin moverse*). ¡Qué facha de asasino que tiene! (*Pausa*). ¡Qué oscuridá!... ¡Qué silencio!... ¡Qué frío!... Hay que entrare, amigo... (*Tiritando descendiendo del coche con grandes precauciones*). ¿Cómo; no... tambaleo?... Me ho tomado una botella de anís e no ho podido perder el sentido. ¡Qué lástima!... Se la ha tomado la paura. No hay borrachera que aguante. (*Se sopla los dedos. Va a calentárselos a la lumbre del farol. El coche se mueve. Con todo su miedo afónico*). ¡¿Quién anda?!... (*Sin moverse de su sitio, armado del talero, mira entre las ruedas, después al caballo*). Sssté... Mateo... ¿Qué hace?... ¿Por qué me asusta? Mateo... Merame... Mateo... Nenne... ¿No me quiere mirar?... Soy yo... Yo mismo. ¿Qué hacemos? Robamo. Osté e yo somo do ladrone. Estamos esperando que el Narigueta y el Loro traigano cosa robada a la gente que duerme. ¿No lo quiere creer?... Yo tampoco. Parece mentira. ¿No estaremos soñando? (*Se pellizca, se hace cosquillas, tironea su bigote*). No; estoy despierto. Entonce, ¿qué hago acá?... ¿soy un ladrone?... ¿soy un asaltante?... ¿E posible?... No. Non e posible... No... ¡No!... ¡¡No!!... (*Va a huir. Se toma del pescante. Recapacita*). ¿E Severino? No puedo hacerle esta porcaría... Me ha recomendado... Me ho comprometido... Ho dado mi palabra de honore... Saría una chanchada... Hay que entrare... ¡Hay que entrare!... (*Tiritando se sienta en el estribo*). Qué silencio... Parece que se hubiera muerto todo. ¿Quí será la víttima?... Pobrecito... A lo mejor está al primer sueño, durmiendo como un otario... soñando que está a la cantina felice e contento...

de mientras que el Loro le grafiña todo. Pobre... Debe ser un gilito. Que me perdone. (*Pitada, lejos*). ¡Auxilio!... (*Corre al pescante. La nota corta de "ronda" lo sorprende con una pierna en alto. Desfallece*). ¿No te lo podías tragar este pito?... (*Apoyado en el farol enciende un toscano. Con el fósforo encendido aún tiene una alucinación*). ¿Quién está dentro del coche?... ¡Severino!... Sever... (*Se restrega los ojos*). Es el anise. ¡Estoy borracho!... (*Sonríe. Se quema*). ¡L'ánima túa!... (*Por los ladrones*). ¡Cómo tãrdano!... Qué soledá... ¿Quién viene?... (*Se vuelve, alorado*). ¡El cinturone blanco!... (*Se pone de pie, rígido*). No... Creo que me está entrando el fierrito! Mateo... Vamo, no te dormí; no me deje solo. Merame... Del otro lado... ¿Está asustado osté?... (*Suena la bocina de un auto. Se encoje como si le hiriesen*). ¡Ahí vá!... ¡El progreso!... ¡Mírelo como corre!... ¡Corre, escapa! Ha de venir otro invento que te comerá el corazon como me lo comiste a mí! (*Otra vez la bocina más lejos*). E me pifia, me pifia... ¡Matagente!... ¡Puah! (*Le escupe. Otra vez lo angustia la soledad. Su miedo crece*). ¡Cómo tãrdano!... ¿Qué estarán haciendo?... (*Lo aterrera un pensamiento*). ¡¿Estarán degollando a alguno?!... ¡A la gran sietel!... (*Salta al pescante; va a castigar a Mateo. Se detiene otra vez. Se acongoja*). ¿E mañana... cómo comemo?... Hay que entrare... ¡Hay que entrare!... (*Solloza*). ¡Figli! ¡Figli!...

NARIGUETA.—(*Con un gran bulto hecho con una carpeta*). ¡Vamo. ché!

MIGUEL.—¿Ah?...

NARIGUETA.—¡Listos!

MIGUEL.—(*De pie*). ¿Qué me trae? ¿Un muerto?

NARIGUETA.—¡Qué muerto!... ¡Ayudá!... (*Meten el lío en el coche*).

MIGUEL.—¡Escapemo!

NARIGUETA.—Parate que venga el Loro.

MIGUEL.—¿Más todavía?... ¡Esto es una mudanza!

LORO.—(*Con otro bulto*). ¡Tomá!... ¡Vamo!... ¡Creo que se ha despertao!... (*Suena un auxilio*). ¡No te digo!

MIGUEL.—¡Mamma. mía!... ¡Mateo!... (*Castiga*).

NARIGUETA.—(*En el coche*). ¡Vamo!... ¡Pegale!

LORO.—¡Castigá!... ¡Nos cachan!...

MIGUEL.—¡Mateo!... ¡No quiere tirare!... ¡Se ha asustado del pito! (*Otras pitadas lejanas*). ¡Empujen ustedes!... ¡No está acostumbrado!... ¡Mateo!... (*Castiga furiosamente*). ¡Empujen!... ¡Empujen!... ¡Mateo!... ¡Nenne!... (*Narigueta manotea. El Loro empuja*).

TELON

IMPORTANTE

Todo pedido o remisión de importe por "Bambalinas", debe hacerse a nombre del administrador: Nemesio A. Ferrari.

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero.

DOÑA CARMEN.—(Intranquila. Comprobando en el reloj de la mesita). ¡E so la once!... Fastedeoso...

CHICHILO.—(En el foro). Mama: (Indica hacia la calle). ¿A dónde va Lucía?

DOÑA CARMEN.—La mando hasta el corralón a ver si ha llegado to padre.

CHICHILO.—¡Uh, cuánto aspamento! Se ha quedao en algún almacén.

DOÑA CARMEN.—Sé: almacén... So la once. Nunca ha venido tan tarde... Se le ha pasado algo al pobre viejo... Anoche estaba muy triste... muy triste...

CHICHILO.—No se preocupe. ¿No va con Mateo? Y bueno: Mateo lo trae. ¿No se acuerda de aquella mañana que se puso a relinchar en la puerta con el viejo hecho... colgao de un farol del coche?... ¿Y entonce?... (Salta, finteando). Quiero ver si Lucía va al corralón o... Es caprichosa usted, ¿eh?... Le he dicho que no me la mande, pero... (Está en el forillo) usted... (Hacia izquierda). Che, Pedrito: ¿vamo a hacer do run de tre minuto?... Pará que cache lo guante. (Descuelga de sitio visible dos medias rellenas de trapos. Mostrándolas). El porvenir de la familia. Mama: atemié lo guante.

DOÑA CARMEN.—(Accediendo). Te van a lastemare como ante de aye-re, Chichilo...

CHICHILO.—¡Tiene que ver cómo resisto el castigo!

DOÑA CARMEN.—Yo me asusto.

CHICHILO.—No le haga fiudo. (Prueba en el aire). Está bien! Estoy en la azotea. (Mutis).

SEVERINO.—(Asomándose por foro). St... St...

DOÑA CARMEN.—(Volviéndose desde el cristalero). ¿Qué chista?

SEVERINO.—Yo. No hable fuerte... ¿Mequele... está acá?

DOÑA CARMEN.—No.

SEVERINO.—(Aparte). ¡El terremoto!

DOÑA CARMEN.—¿Por qué?... ¿Qué ha pasado?

SEVERINO.—(Con cara de loco). Nada... Tengo que verlo.

DOÑA CARMEN.—Usted está asustado...

SEVERINO.—¿Yo? ¿Quién te ha dicho?

DOÑA CARMEN.—... ¡le ha pasado na disgracia a Miquel!

SEVERINO.—¿Qué le va a pasare?... No hable fuerte, le digo. Tengo que verlo... Iba a subire al fúnebre e me dieron una noticia que me ha hecho abandonare l'entierro.

DOÑA CARMEN.—¿Qué noticia?

SEVERINO.—Que... So cosa de negocio. Yo me voy a escondere... me voy a sentare, digo... a la pieza de Carmelo Conte. L'ospero allí... Pasamo por acá. (Izquierda).

DOÑA CARMEN.—No. Osté me oculta algo... Ha pasado una disgracia. Yo vov a preguntare a la comisaría.

SEVERINO.—¡No!... Toda la mojere so lo mismo: "Yo voy a preguntare a la comisaría". Qué gana de hacer batefondo. Venga... (La lleva hacia la izquierda). ¡A la comisaría nunca!...

DOÑA CARMEN.—(Sin resistir). ¡Ha pasado na disgracia!...

SEVERINO.—Callate... Venga.

DOÑA CARMEN.—¡Ah!... ¡Lo ha pisado un automóvil!...

SEVERINO.—No diga macaña... Venga... No grite. (*Mutis. Una pausa. Aparece Don Miguel, por foro. Casi sin respiro. Cierra la puerta. Se sienta en la cama de Lucía*). ¡Vérgine Santa!... ¡Qué me tenía que pasare!... (*Oculto la cara*).

DOÑA CARMEN.—(*De izquierda, como escapada, poniéndose un chal para salir*). Yo voy... ¡Miquele!... ¡Eh, Miquele!...

MIGUEL.—St...

DOÑA CARMEN.—¿Qué tiene?... ¿Qué te ha pasado?

MIGUEL.—Ho perdido el coche.

DOÑA CARMEN.—¿Qué dice?

MIGUEL.—Ho perdido a Mateo...

DOÑA CARMEN.—¡Ma!...

MIGUEL.—Ho perdido la galera... ¡Ho perdido la cabeza!

DOÑA CARMEN.—Ma; ¿cómo... cómo?

MIGUEL.—Escapando a la policía. Gambeteando a lo carabinero.

DOÑA CARMEN.—¡Tú?!

MIGUEL.—Miquele Salerno. A lo sesenta año.

DOÑA CARMEN.—¿Qué ha hecho?

MIGUEL.—No gritá... Te voy a contare... Me ho peleado... No piensa nada malo... Con un pasajero... Un compadrito, ¿sabe?... (*Es manifiesta la mentira inocente*). “Llévame al balneario”. “No. Tengo el caballo cansado” — “¡Me vas a llevare, tano!... — “¡No!...” — “¡Sí!...” — “¡No!...” Me ha querido pegare... le ho pegado primero.

DOÑA CARMEN.—¡Dío mío!...

MIGUEL.—No te asustá... Le ho pegado despacito... despacito... Pero se ha puesto a gritá... Había vigilante cerca... corrieron... tocárono auxilio... Mateo se ha asustado del pito e no quería tirare... ¡ha terado a la fuerza!... Soy escapado... por el medio de la calle... “¡Atajen!... ¡Atajen!” Yo meta palo col pobrecito... Boyacá... Gaona... Seguro... siempre al galope tendido. Salimó de la piedra, entramó a la tierra... Mateo no daba más... “¡Atajen!... ¡Atajen!... ¡Ladrone!...”

DOÑA CARMEN.—¿Ladrone?...

MIGUEL.—No... Sé... Ladrone. La gente siempre que corre a anguno grita: “¡Ladrone!... ¡Ladrone!... Es una costumbre muy fea que tienen acá... Se me ha caído el látigo... ho pegado col fierro. Doy vuelta una esquina oscura; había una zanja... ¡púfete!... Mateo adentro, yo encima a Mateo y el coche encima mío. “Mateo, amigo, levántate que ne llévano preso!... Mateo, no me haga esta porcaria propio esta noche... ¡Levántate!...” Me ha dicho que no co la cabeza e la ha metido otra vez en el barro. “¡Por aquí!...” — gritábano. — “¡Búscalo!... ¡Búscalo!...” — Lo ho abandonado e me ho puesto a correre, solo, al oscuro... Había otra zanja... ¡púfete!... Lo vigilante pasárono todo por arriba mío, gritando, como demonio... “¡Búscalo! ¡Búscalo!” E otra vez patita pa que te quiero... como loco, nel campo abierto... saltando pozo... rompiend alambrados... Ho parado cuando ha salido el sol: estaba a Villa Devoto. ¿Quién habla?... (*Atisba por la ventana*).

DOÑA CARMEN.—¿Por qué ha hecho eso? ¿Cómo ha llegado a esto? ¿No se acordaba de sus hijo?

MIGUEL.—(*Sincero*). ¡Ah, Carmené... se tú supiese... se tú supiese!... ¡Ah, Patreterno injusto, me deja vivire tantos años nella miseria para hacerme hociicare propio a la última zanja!...

DOÑA CARMEN.—¿E ahora?

MIGUEL.—Ahora se acabó. (*Se abate. Ella sospecha*).

DOÑA CARMEN.—¿E Severino qué sabe?

MIGUEL.—(*Asustado*). ¿Severino?... Nada. ¿Qué tiene que vere Severino aquí?

DOÑA CARMEN.—Ha venido a buscarte. Está a la pieza de Carmeio Conte.

MIGUEL.—(*Paladeando su venganza*). Llamalo... Avísale que ho llegado... Hágalo venire e déjame solo con él... Quiero hablarle, ¿comprende?... Puede ser que me salva... Llámalo.

DOÑA CARMEN.—Sí.

MIGUEL.—Que entre por aquí (*Izquierda*) e cierra aquella puerta. (*La que se supone en el foro de la otra habitación*).

DOÑA CARMEN.—Sí. ¡Iddio ei aiuti!... (*Mutis*).

MIGUEL.—(*Buscando un arma contundente*). ¡Mefestófele!... ¡Te voy a cortare la cola... (*Se decide por un zueco que halla debajo de su cama; se sube a ella y espera, el arma junto al dintel de izquierda. Aparece Chichilo finteando. El viejo apenas puede detener el zuecazo. Para disimular golpea en la pared*).

CHICHILO.—Tata... ¿qué hace?

MIGUEL.—(*Con intención*). Voy a matar una araña.

CHICHILO.—¿A dónde?

MIGUEL.—Váyase. Yo sé dónde está. Déjame solo.

CHICHILO.—Viejo... (*Le silba como preguntándole si está chiflado*).

MIGUEL.—(*Imitándolo*). Chichilo... (*Lo amenaza furibundo*).

CHICHILO.—¡Araca, que soy su hijo!... (*De un salto hace mutis. Vuelve cuando el viejo espera otra vez a Severino*). Papá, ¿la vió a Lucía?... (*Don Miguel le arroja el zueco*). ¡Está colo!... (*Cierra. Don Miguel enarbola el otro zueco*).

SEVERINO.—(*Asomándose con todo su miedo*). Mequele... ¿Adónde está?... Meque... (*Esquiva el golpe saltando hacia la derecha. Cuando hace frente ya esgrime una cachiporra corta que ha deslizado de su manga*). ¡De atrase no!

MIGUEL.—(*Agazapado en primer término*). ¡Ah, veníase preparado; ¿teníase miedo, eh?... Se te ha quemado la cola de paja. ¡Asaltante!

SEVERINO.—¿Qué ha hecho anoche?

MIGUEL.—Darte un gusto.

SEVERINO.—No vendiste a todo, puntilloso inservible. Por culpa tuya han agarrado preso al Loro y el Loro va a hablare.

MIGUEL.—Mejore. Dejálo que habla: para eso e loro.

SEVERINO.—¿Dónde está el coche? ¿Lo ha escondido?...

MIGUEL.—Está a una zanja...

SEVERINO.—¡A la madonna!

MIGUEL.—... encima de Mateo.

SEVERINO.—¿Ha dejado el coche en mano de la policía? ¡Esa e la cárcere!

MIGUEL.—(*Avanzando*). No importa... (*Habla por entre los dientes apretados*) te has vengado, te cobraste aquel vaso de vino velenoso... debe estar satisfecho.

SEVERINO.—(*Sin oírle*). ¡L'ánima mía!... ¡El número del coche!... ¡Estamos todo perdido! (*Intenta huir por foro*).

MIGUEL.—(*En la puerta. Tiembla y sonríe*). ¡Eh!... ¿Adónde va?

SEVERINO.—¡Déjame salire!

MIGUEL.—No: te pedí ayuda e me la negaste; estaba desesperado e me mandaste a Jesu-Cristo. “Hay que entrare...” “Hay que entrare...” ¡Ahora estamos adentro... adentro de la penitenciaria, però!

SEVERINO.—(*Revolviéndose*). ¡No; cárcere no! Yo no quiero la cárcere ahora que puedo vivire tranquilo! Se tú habláse t'achido... te do un cachiporrazo a la bocha!

MIGUEL.—¡A ver!... ¡Aquí la tiene la bocha!... Pega... Anímate... Yo voy a contar todo... yo voy a hablare... como la cotorra... Pega...

SEVERINO.—Mequele... Dejame... No me tiente...

MIGUEL.—(*Con sincero deseo*). ¡Pega!... Dame este cachiporrazo; me lo merezco! Si es lo que estoy buscando: dejare esta vida reponante. Aquí la tiene la bocha... Pega... ¡Farsante!... ¡Galerudo!...

SEVERINO.—(*Retrocediendo*). Déjame salire... Abra la puerta.

MIGUEL.—No tiene coraje, cobardone... Yo te voy a matare... col zueco... co la uña... co lo diente... (*Lo corre*). Mochuelo... Mochuelo...

SEVERINO.—(*Con la voz tomada de espanto*). ¡Aiuto!... ¡Aiuto! (*Se hacen un lío con la cortina. Don Miguel golpea sin ver. Severino no, detenido por el temor de matar. Don Miguel se desembaraza del trapo y toma de atrás al otro, le arrebató el arma, lo doblega y va a herirlo con ella*). ¡Aia!... ¡Aia!...

MIGUEL.—¡Callate!... ¡Callate!...

DOÑA CARMEN.—(*De izquierda*). ¡Miquele!... ¡No!...

MIGUEL.—(*Despertando*). ¿Qué iba a hacere?... ¡Casi le remacho la chemenea!... (*A Severino*). ¡Pídale perdón!... (*Obligándolo*). ¡Pídale perdón!... (*Le quita la galera de una manotada*). ¡Descúbrase!

SEVERINO.—(*En foro*). Dame la galera.

MIGUEL.—¡A la cárcel te la doy!...

SEVERINO.—¡No! ¡Cárcere no! (*Huye*).

DOÑA CARMEN.—¡Mamma mía benedetta!

MIGUEL.—(*Que ha cerrado*). Carmené... (*Espía por la ventana*). ¿Quién es ese que está parado allí? (*Doña Carmen acude*). Ese bigotudo:

DOÑA CARMEN.—No sé.

MIGUEL.—¿No lo conoce?

DOÑA CARMEN.—No.

MIGUEL.—¡Es un pesquisa!... ¡Cierra bien!... ¡Es un pesquisa!...

DOÑA CARMEN.—“¡Santa Lucía Laceratta!”

MIGUEL.—(*En el derrumbe*). “¡Io so perduto!... Carmené... perdono... ¡Marito tuo e nu vigliaco!”

DOÑA CARMEN.—“¿Ché faciste?... Ché faciste?”

MIGUEL.—U padre di figli tui é nu vile. Perdono. Ha finita la paxe nostra... ¡Io so perduto! ¡Io so perduto! (*La vieja llora de bruces sobre la cama de Lucía. La idea de salvación sobreviene otra vez: corre a la ventana, corrobora la presencia del pesquisa, descuelga el acordeón y ejecuta, tembloroso, un tiempo de tarantela*).

DOÑA CARMEN.—¿Qué hace?... (*Golpean en el foro*).

MIGUEL.—¡No abra!... Despista... Despista... Baila.

DOÑA CARMEN.—Mequele...

MIGUEL.—¡Baila!... Baila que voy en cana. (*Ella baila, las manos en las caderas; rígida*).

DOÑA CARMEN.—Mequele... mira lo que me hace hacere...

MIGUEL.—Perdono, Carmené... Despista... Baila... Perdono...

DOÑA CARMEN.—Mira lo que me hace hacere... (*Se le ven las lágrimas*).

mas. La puerta de foro, se abre lentamente. Doña Carmen deja de bailar. El hijo no ve su ridículo).

CARLOS.—(Abre bien la puerta para mostrar su flamante traje de chauffeur). Bien, viejo... Al fin están contento en esta casa.

DOÑA CARMEN.—Hijo...

MIGUEL.—(El acordeón pierde aire sonoramente entre sus manos. Estupefacto). ¡¡Osté... chofere?!...

CARLOS.—Chofér. Me he decidido a trabajar, viejo, a ayudarlo de una vez. Hace tiempo que practico en el volante — ante de que me echara y después me fuese a llamar — pero lo oculté para darle de golpe esta alegría.

MIGUEL.—(Desfalleciente). ¡Ay!... ¡Ay!...

CARLOS.—¡Viejo!

DOÑA CARMEN.—¿Qué tiene?

MIGUEL.—Me muero de alegría.

CARLOS.—¿Cómo, no está contento?

MIGUEL.—¡Sí!... ¡Muy contento!... ¡Mira qué contento que estoy!... (Se abofetea). ¡Mira!...

CARLOS.—¡Tata!

DOÑA CARMEN.—¡Miquele!

MIGUEL.—Jesú, ¿yo merezco esto?... ¡Qué alegría que tengo!... ¡Hágame venire un acchidente! No te asusta, Carmené. Es la alegría que tengo de verlo. ¿Qué más podía ser? Chofére; le cae de medida. Mira qué bien que le queda el traje... e la gorra... ¡Un acchidente seco, redondo!

CARLOS.—¡Papá, yo traigo plata!... Ayer no había morfi en casa. Tome, mama; veinte peso. Mi primera noche.

DOÑA CARMEN.—Gracia, hijo; al fin... era tiempo.

MIGUEL.—(Mirándolos largamente). Era tiempo... e qué tarde que es.

CARLOS.—Sí, yo comprendo; a usted le hubiera gustao más otro oficio, pero...

MIGUEL.—Pero: hay que entrare. Ho comprendido. No me haga caso, hijo... Soy contento de que usted pueda mantenere a la familia. Yo no podía más. Estoy cansado... Como Mateo... ya no sirvo... soy una bolsa de leña... e siempre que pego... pego co la cabeza. Ahora l'automóvil me salva... ¡quien iba a pensarlo!... ¿Salva?... Sí. Me voy. (Corre en busca de sus prendas).

CARLOS.—Pero, ¿qué tiene?... No entiendo. ¿Qué ha hecho?

DOÑA CARMEN.—Yo no sé... Se ha peleado anoche...

CARLOS.—¿Usté?

MIGUEL.—Yo no: su papá.

CARLOS.—¿Y con quién?

MIGUEL.—(Sonríe). Co Mateo. Me voy. Tengo que irme... (Recuerda que ha perdido el sombrero).

DOÑA CARMEN.—¿A dónde?

CHICHILO.—(Adentro). ¡Mama! ¡Papá!...

MIGUEL.—(Aparte). ¡La policía! (Se envuelve en la cortina).

CHICHILO.—(Apareciendo). ¡Se la han piantao!... ¡Se la han piantao a Lucía!

MIGUEL.—(Salta). ¡¿Qué?!...

CHICHILO.—En un auto verde. Lo corrí como diez cuadra, pero disparó... ¡No pude!... Perdí lo guante... ¡Cretina!... ¡Loca!... (Llora).

CARLOS.—¿Qué decí? ¿Está loco, vó?... Si Lucía está ahí. (Patio). La llevé a dar una vuelta pa que conociera el coche.

CHICHILO.—¿Era el auto tuyo?

CARLOS.—Claro, gilastro. Lo dejé en la esquina por los chicos del conventillo.

CHICHILLO.—¡Ay dió! ¿Llévame a mí?

MIGUEL.—(A Chichilo). ¿E osté tenía miedo que se escapara? ¿Por qué?

CHICHILLO.—(A quien Carlos ha llamado la atención para que mienta). No... No, viejo... No ve que son macana.

CARLOS.—(A Chichilo). ¡Tené cada chiste, vó! (Están en la puerta de izquierda. Golpean en la de foro. Silencio. Los viejos se entienden con una mirada).

MIGUEL.—(A Carlos que acude). No abra. Yo sé quién es.

DOÑA CARMEN.—(Al viejo solo). Miquele... tú no te has peleado anoche... tú... con Severino...

MIGUEL.—St... (Por los hijos). Que lo sépano cuando yo no esté.

DOÑA CARMEN.—¡Miquele, perdoname, perdoname!...

MIGUEL.—No llore. Piense a los hijos... Tenía razón, Carmené: cuando se echan al mundo hay que alimentarlos de cualquier manera. Yo he cumplido. No llora... (Los hijos los miran sin entender. El viejo despista: se pone la galera de Severino, abollada y maltrecha. Da lástima y risa). ¿Cómo me queda?... ¿Me queda bien?... (Retrocede hasta el foro preparando la huida. Se repiten los golpes). ¡Addío!... (De un respingo abre la puerta. La policía echa mano de él. La vieja cae).

CARLOS y CHICHILLO.—¡Mama!... ¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?... (Saliendo por foro). ¡Papá!... ¡Papá!... (La policía se lleva al viejo a tirones).

TELON.

GUITARRA

Enseñanza con y sin estudios

Calle Rivadavia 2194, a domicilio

Profesor B. Sarabia

candidato, de Bret y Cooperativa de
 de Defilippis Novoa. — 178: La so-
 de Medina Onrubia y El día sábado,
 Defilippis Novoa. — 179: No hay tierra
 en mi tierra, de Saldías. — 180: Flores
 y Al borde del camino, de Favaro.
 181: Las sacrificadas, de Quiroga. — 182:
 avula de don Felino, de Lorusso. — 183:
 oca y ganarse la vida, de Pico. — 184:
 stirpe, de Crosa. — 185: El mundo del
 e, de Martínez Cuitiño (R.) y Ribelli.
 186: Don Hipólito, de Pellerano. — 187:
 violeta, de Granada. — 188: Antes del
 a, de Cione. — 189: El crimen de La-
 de Aloisi. — 190: El viejo Hucha, de
 és y Damel. — 191: Bohème y El cam-
 o del pueblo, de Saldías. — 192: El
 o de las Violetas, de Facio Hebequer.
 193: Bandidos a la alta escuela, de Arcos
 ovia (Ex padre Gonzalo). — 194: Pul-
 y En la ventana, de Bejarano. — 195:
 renata de Schubert, de Passano y El
 de Darthés y Damel. — 196: Los pá-
 clegos, de Duval Méndez. — 197: Gue-
 ta sangre, de Roquendo. — 198: La
 de los siete velos, de Crosa. — 199:
 Marie Medea, La primera nube y La
 atriz bolchevique, de Castellanos. —
 don Quijano de la Pampa y Los fuer-
 o Pacheco. — 201: La hoja de hiedra
 no mate, de Biffi. — 202: El último
 de Morales (I.) y La pipa de yaso,
 rthés y Damel. — 203: La suprema
 e Berruti. — 204: El astillero, de
 — 205: Castillos en el aire, de Diaz
 al. — 206: Las mujeres lindas, de
 — 207: Sacrificio, de Méndez Caldei-
 208: Fumadas y Abajo la careta, de
 o. — 209: Los vegetarianos, de Ortíz
 et. — 210: Claror de luna y La savie-
 de Richard Lavallo. — 211: El amor
 se vende, de Dolard y Rillo. — 212:
 ombres de la ribera, de López y Lo-
 cona. — 213: Doña Modesta Pizarro,
 rraldo. — 214: La fiesta de los pa-
 de Morales (I) y El indio Guaraní-
 uso. — 215: Los huesos del desierto,
 z Aníbarro. — 216: Mandinga y Fu-
 tas y milonga, de Riese. — 217: Al-
 ja, de Méndez Caldeira. — 218: La
 prueba y El eterno anhelo, de Cu-

roto. — 219: El turbión, de Defilippis No-
 voa. — 220: ¡Siga el comol, de ~~Novoa~~.
 — 221: Ganarás el pan, de Retta y Paredes
 y Las novedades del tío, de Ch. de Vila Brava.
 — 222. Mamita, de Bianchi. — 223: En un
 rincón de la Quema, de Tosoni. — 224: La
 vida se reconstruye, de Segré. — 225: Los
 penitentes, de Martínez Payva. — 226: La
 señora ministra, de Saldías.—227: Las Vesta-
 les, de Bengoa. — 228: Los parásitos, de Leo-
 piaces. — 229: El pan blanco, de De Paoli y
 Schmidt. — 230: ¡Ciego!, Del mismo barrio
 y Ruega por nosotros, de Pico. — 231: La
 ola, de Mediz Bolio. — 232: Resurrexit y La
 mala vida, de Salaverri. — 233: Avanti Foot-
 Ball Club, de Darthés y Damel. — 234: 1810,
 de Rodríguez. — 235: Los dos vages, de
 Biffi. — 236: El dogma y El camino de fue-
 go, de Eichelbaum. — 237: Milonguita, de
 Linnig. — 238: El asilo policial, de Trossi.
 — 239: Hasta el pelo más delgado, hace un
 sombra en el suelo, de Darthés y Damel.
 — 240: La flecha del sol, de Mediz Bolio. —
 241: Marcela, de Pita Martínez. — 242: El
 despertar de Nené, de Princivallo. — 243:
 El torbellino, de Souza. — 244: Consultorio
 femenino, de Darthés y Damel, y ¡Holaaa!,
 de Favaro. — 245: Los buenos hombres y El
 pardo Flores, de Cortazzo. — 246: Los infie-
 les, de Talico. — 247: Uno de tantos y Guerra
 conyugal, de Curotto. — 248: Los Salvajes,
 de Ghiraldo. — 249: ¡Pobrecitas las mujeres!,
 de Casariego. — 250: Padre nuestro..., de
 Peyret. — 251: Madre, de Aloisi y Lacreu. —
 252: Vocación, de Méndez Caldeira. — 253:
 La isla de Don Quijote, de Martínez Payva.
 254: Doctor, de Pico y Eichelbaum. — 255:
 Rosas, de Echagüe. — 256: El Gigoló y Ti-
 po... gráfico, de Teysera. — 257: Los des-
 venturados y Una mariposa, de Defilippis
 Novoa. — 258: El dinero de mi mujer, de
 Pico. — 259: El guapo del barrio y Los ma-
 levos, de López. — 260: Pacífico torbellino,
 de Sargenti. — 261: Manuelita Rozas, de
 Rossi. — 262: La noria, de Sala. — 263: El
 hombre de piedra, de Sargenti. — 264: Papá
 Bonini, de Berruti. — 265: Canción de epe-
 peya, de Rossi. — 266: Sangre gris, de Villa-
 rán. — 267: ¡Martes 13!, de Sargenti. — 268:
 Klu Klux Klan, de Berruti. — 269: El bara-
 tillo de La Media Luna, de Retta.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL		INTERIOR	
Trimestre	\$ 2.40	Trimestre	\$ 3.00
Semestre	" 4.80	Semestre	" 6.00
Año	" 9.60	Año	" 12.00



341, BALCARCE; 345
BUENOS AIRES

